

**CARLOS PINZÓN, GLORIA GARAY
& ROSA SUÁREZ (eds. y comps.)**
Para cartografiar la diversidad de l@s jóvenes

Bogotá: Grupo Subjetividades Contemporáneas en América Latina,
Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Salud Pública, 2008. 478 páginas.

Hoy, cuando los jóvenes son el centro de atención del mercado mundial y son representados por los medios de comunicación con los más seductores vestidos, lenguajes y comportamientos; cuando han conquistado un lugar social lleno de deseos y conflictos, los estudiosos del tema generacional parecen estar de acuerdo con Pierre Bourdieu en que “La juventud no es más que una palabra” (2002)¹. Los jóvenes han despertado un creciente interés en la academia y en las políticas públicas del ámbito mundial. Los estudios empíricos realizados a lo largo del siglo xx han llevado a una conclusión común entre los investigadores: la juventud, lejos de ser una condición biológica con límites precisos, se configura como una construcción cultural con una gran diversidad de expresiones; los jóvenes no son ajenos al contexto que habitan, sus formas de vida responden a su entorno sociocultural y lo reflejan de distintas maneras. En los últimos años, y en el contexto de la globalización, nace la pregunta sobre la configuración de las subjetividades de los jóvenes, quienes deben negociar constantemente los referentes locales y mundiales a los que se adhieren.

Las investigaciones que conforman *Para cartografiar la diversidad de l@s jóvenes* ofrecen varias respuestas a estos cuestionamientos a partir de tres ejes: las

subjetividades en el contexto global-local; los conflictos sociales que emergen de él, y los procesos de formación de la juventud en medio de distintas iniciativas de intervención y políticas públicas. La compilación permite observar desde las perspectivas internacionales y los estudios locales quiénes son y qué representan los jóvenes en distintos contextos.

La primera sección, acerca de las propuestas internacionales, plantea cómo las problemáticas de este segmento de la población no son radicalmente distintas de aquellas que enfrenta su conjunto. Sin embargo, el estudio de la juventud “recuerda la necesidad de inscribir los análisis sociales en una perspectiva temporal” (p. 24). En este sentido, los textos de Marc Augé, Michel Maffesoli y Kenneth Gergen incentivan la discusión sobre el papel de los jóvenes como agentes de las transformaciones sociales en el contexto de la globalización. Este debate propone grandes interrogantes sobre el lugar que ocupa el aparato educativo con respecto a la formación de los jóvenes y, al mismo tiempo, despierta el interés por observar sus dinámicas al margen de la educación. En adelante, los estudios de caso en el ámbito internacional y nacional se ocupan de los jóvenes dentro y fuera de las instituciones educativas.

En el ámbito escolar, los estudios muestran cómo la educación es un escenario en el que se legitiman las relaciones desiguales de poder que atraviesan el resto de la sociedad. Peter MacLaren y

¹ Bourdieu, P. (2002). La juventud sólo es una palabra. En *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.

Natalia Jaramillo encuentran que la educación de los latinos en Estados Unidos es el resultado de las políticas de “blanqueamiento” cultural. Los jóvenes son objeto de una asimilación forzosa, ya que sus diferencias son borradas bajo el apelativo de “latino” y, posteriormente, son formados como ciudadanos norteamericanos en la negación de su lengua, nación y cultura de origen. En un escenario diferente, Ana Cecilia Vergara llega a una conclusión similar. La autora estudia el caso de la educación de los jóvenes pobres de Santiago de Chile. En este caso, encuentra el estigma de la peligrosidad en el tratamiento cotidiano. Los autores coinciden en proponer una educación crítica revolucionaria que promueva el diálogo entre culturas, empero, encuentran en la realidad social de la escuela la consolidación de las fuerzas hegemónicas (pp. 69-85).

Ante los límites de las instituciones, los jóvenes han generado otros mecanismos de integración y respuesta al mundo social. Los trabajos de Gilles Bibeau, sobre pandillas de jóvenes neoquebequeses², de Mauricio Sepúlveda, sobre el movimiento internacional *dark-gótico*, y de Martha Marín, sobre el surgimiento y consolidación del *breakdance*, muestran cómo los jóvenes de distintas clases sociales y nacionalidades intentan crear, a partir de sus agrupaciones, un espacio social significativo. A pesar de que las agrupaciones son un medio por el cual los jóvenes comparten sus afectos y crean un escenario común, sus formas de expresión son observadas frecuentemente como un riesgo social. Al respecto, Joseph Ferigla explica estas expresiones

en relación con la forma en que las sociedades actuales han organizado el paso a la edad adulta. El autor afirma que en el mundo actual existe una carencia de roles sociales sólidos y, al mismo tiempo, una ausencia de espacios iniciáticos. En consecuencia, los jóvenes buscan, desde las “contraculturas” o “subculturas”, la creación colectiva de sus propios ritos para obtener experiencias transformadoras (pp. 143-186).

Mientras que las perspectivas internacionales se ocupan de los jóvenes que habitan las urbes en distintas condiciones, los estudios locales de caso permiten contrastar a estos jóvenes con aquellos que se encuentran al margen de la ciudad y dominan códigos sociales diferentes a los de Occidente. Carlos Pinzón, Gloria Garay y Rosa Suárez se aproximan a las subjetividades de aquellos jóvenes de la cultura popular indígena y campesina que se encuentran en constante interacción con las formas de consumo y las relaciones de poder que ejerce la sociedad dominante. Los jóvenes campesinos e indígenas afrontan constantemente una disputa interna; se debaten entre continuar reproduciendo los códigos culturales de sus poblaciones o renunciar a ellos para acceder a las formas de estatus social y consumo de la sociedad hegemónica. El primer caso se refiere a la renovación del chamanismo entre los grupos indígenas del Putumayo, en donde los nuevos taitas han dado continuidad a las formas de conocimiento indígenas y a sus relaciones ecológicas y sociales, mientras conviven con los conflictos de los distintos códigos culturales a los que han tenido acceso, intentando conciliarlos y ensamblarlos.

El segundo estudio de caso se acerca a los estudiantes de la Universidad Nacional

2 Jóvenes descendientes de inmigrantes, en su mayoría de origen afroantillano, que se integran al sistema social canadiense.

de Colombia y el programa PAES³, lo que confirma el renacer de las subjetividades indígenas en las ciudades, desconocidas para muchos de ellos. Aquí, los jóvenes indígenas están sujetos al conjunto de imaginarios —en ocasiones de barbarie o sumisión, y en otros casos de misticismo y espiritualidad— que los han acompañado desde la Colonia. El nuevo escenario abre un conjunto de posibilidades de intercambio cultural para ellos, que en las residencias se encuentran con jóvenes de otras regiones del país con quienes comparten sus experiencias y conocimientos. Lo anterior confronta sus subjetividades, pero también les permite “extender los mundos de conocimiento de sus comunidades de pertenencia al mundo urbano” (p. 300).

En últimas, la cuestión del futuro tiene un lugar preponderante en las subjetividades juveniles. ¿Cómo crear un futuro deseable? Esta es la pregunta central que intentan responder las iniciativas de intervención. Aunque los jóvenes han tenido una creciente visibilidad en las políticas públicas, las perspectivas de los distintos investigadores ofrecen un panorama complejo. Según Carlos Zorro y Camilo Peña, las políticas públicas son precisamente una apuesta al futuro a partir del reconocimiento de las problemáticas presentes y de los actores sociales que pueden tener injerencia en la elección de un modo de vida venidero. Las tendencias internacionales de la década de 1980 abrieron el camino de la cuestión juvenil, y en el caso de Colombia, la constitución de 1991 afianzó la perspectiva poblacional en la intervención pública. Sin embargo,

3 Programa para la Educación Superior de jóvenes pertenecientes a grupos de poblaciones vulnerables (indígenas, mejores bachilleres de municipios pobres, comunidades afrodescendientes).

Daniel Mora afirma que la apertura de espacios institucionales para la cuestión juvenil y los adelantos posteriores como la Ley 375 de 1997 (“Ley de la Juventud”) han generado una mayor participación de los jóvenes, pero sin un efecto concreto en la toma de decisiones sobre sus condiciones sociales (pp. 450-451). Ante estas afirmaciones, Iván Pacheco sostiene que las políticas para la juventud no son explícitas, pero que operan a través de la intervención en el campo educativo (pp. 437-440). Patricia Ricco argumenta que el espacio escolar es el lugar donde confluyen varios conflictos del entorno social de los jóvenes y, por lo tanto, es el escenario propicio para transformarlos y resolverlos (pp. 437-440). Sin embargo, más allá de resolver los conflictos, Manuel Escobar, Fernando Quintero y Ana María Arango proponen que la intervención debe enfocarse en la distribución de capitales sociales y económicos para que sean los mismos actores los encargados de dar lugar a sus expectativas.

Las distintas visiones sobre las formas de intervención plantean un escenario que depende no solamente de las imágenes de futuro, sino de las formas de entender el presente y los actores involucrados en la ejecución de las políticas. Si bien los investigadores plantean la globalización como el contexto de los jóvenes, las soluciones para sus problemáticas son mediadas por el contexto local y nacional, en el que tienen una importancia preponderante las instituciones del Estado.

En ausencia de la acción de las instituciones, el conjunto de estudios muestra que los jóvenes no son sujetos pasivos a la espera de la resolución de sus problemáticas. Existen formas de acción política y micropolítica mediante las cuales los

jóvenes han logrado tener un reconocimiento social. El modelo del *transformer* planteado por Francisco Cajiao describe el uso estratégico que dan los jóvenes a los distintos referentes y contextos a los que tienen acceso, a través de los que manejan y transgreden las normas sociales para lograr sus demandas (p. 409). Por lo tanto, sus subjetividades son construcciones políticas que les permiten “la

generación de capitales sociales y simbólicos propios [e] interactuar e interlocutar en el mundo social” (pp. 446-447). Así, los jóvenes responden más a la complejidad del mundo social que habitan que a los modelos e ideales que se han construido sobre ellos.

NURYS ESPERANZA SILVA CANTILLO
Estudiante de Maestría en Antropología
Universidad Nacional de Colombia

GRETA FRIDEMANN S.
Ensamblar flores y cultivar hogares.
Trabajo y género en Colombia

Bogotá: ICANH, 2008. 280 páginas.

El cultivo y exportación de flores, presente en el país hace aproximadamente cuarenta años, sigue constituyendo no solo un importante reglón de la economía nacional, sino una fuente de empleo para un gran número de mujeres, y es eje de la conformación de comunidades que entretejen sus vidas en torno a la *floricultura*. Alrededor de esta actividad de tipo agroindustrial, se conforman especificidades económicas, sociales, políticas empresariales que nutren las dinámicas culturales de quienes participan en ella. Desde la década de los ochenta se han adelantado estudios sociales, varios de los cuales han tenido un énfasis antropológico, que han buscado analizar las complejas condiciones en que se cultivan las flores y sus efectos sociales y culturales. El estudio que desarrolla Greta Fridemann Sánchez sin duda aporta nuevos y ricos elementos en este proceso de análisis.

Bajo las premisas de la trascendencia que tienen las comunidades sociales en la vida de los individuos y de que “los procesos de ganarse la vida están culturalmente moldeados” (Gudeman, 1986, citado en Fridemann, 2008: 29), la autora recorre aspectos de la historia, de las condiciones de la producción de flores y de los ensamblajes para mercado globales, así como rasgos de la cotidianidad de las personas que allí laboran y de sus hogares, de las relaciones de género y de las historias laborales. De esta manera, entra en la filigrana en la medida en que son “modeladas” las nociones y vivencias en torno a la salud, al cuerpo, a la identidad, a las condiciones de la mujer y del hombre, a la infancia, a las relaciones de control y poder o a las relaciones de pareja y familia, entre otras.

Teniendo en cuenta que algunos de los estudios más fuertes acerca de la floricultura se han desarrollado en municipios del suroccidente del país (es este el